

de puertas que se cerraban. Entonces, y mientras esperaba así, una nueva idea vino a herir su mente y a invadirlo todo desde que apareció, porque respondía a profundos elementos de su naturaleza y de su educación.

— Sí. He comprometido mi palabra. Pero ¿es que la palabra dada tiene valor cuando se trata de individuos colocados al margen de la ley?... Luego si esa mujer me hubiese hecho prometer por mi honor ayudarla a encontrar a ese Gorka a quien ella ha creído tener en sus manos, y a quien seguramente tiene el encargo de ejecutar, como ellos dicen, por uno de sus comités de asesinos, ¿debería yo entregarle? Evidentemente, no. Un hombre no puede prometer por su honor obrar contra el honor... Supongamos que una vez saliendo de aquí con mi ayuda, se junta a uno de sus compañeros de crimen, que despista la persecución y que vuelve a empezar, qué mata, sencillamente, a ese Gorka. Esa sangre recaería sobre mí. Yo sería en rigor su cómplice. No, yo no he podido prometer esto por mi honor. No lo he prometido. Fué en un momento de aberración. Ahora veo claro mi deber. Mi deber es reparar mi debilidad de hace dos horas. ¿Debilidad? No. Yo he cumplido un deber primordial: el de ahorrar a mi madre una agitación que amenazaba serle funesta. Ese deber estaba ante todo. Mi madre descansa. Ahora no despertará. Estoy libre para cumplir el otro deber: castigar al perro rabioso. Tengo bajo llave al fiero animal. Llamo a Pedro. Se lo digo todo. Vamos allá los dos. Ella estará desarmada. La atamos. Él la vigila mientras yo corro a Thoune a avisar a los policías... y en una hora todo se concluyó.

Tanto le alivió esto de su remordimiento de antes, disipado para siempre, que la ejecución siguió casi automáticamente al proyecto. Salir de la biblioteca,

subir la escalera y llegar a la puerta de la habitación donde dormía el criado, fué cuestión de unos minutos. Allí, en lugar de golpear, se detuvo. El silencio del castillo dormido era tan profundo, que oía su corazón saltándole en el pecho. En voz baja, como si su fuerte emoción necesitase de palabras, se dijo:

— No. No puedo... Esa mujer me despreciaría, y tendría razón para ello.

V

Con la cabeza entre las manos se había sentado en el último escalón. La lucha entablada le robaba todas las energías de su ser, hasta el punto de hacerle olvidar dónde estaba y que podía ser sorprendido por alguno de la casa. Entonces, con las dificultades morales de la situación, se complicaron dificultades materiales. La fugitiva seguía en el pabellón. Si se producía la alarma aquella noche en ese rincón del castillo por cualquier singularidad de su actitud, tan prodigiosa como aquella meditación, se le seguiría, se descubriría su secreto, se le denunciaría. Se trataba, pues, de una prudencia muy humana para aquel alma en que todas las virginidades de la conciencia jamás fueron holladas por la tentación, y que se encontraba en pugna con escrúpulos verdaderamente trágicos. Los minutos pasaban, esos minutos tan contados, y él seguía víctima del vaivén de su voluntad. De pronto levantó la cabeza. El reloj de caja de madera colocado en el vestíbulo daba las doce campanadas de media noche, que se extendían sobre la gran paz campestre con una extraordinaria solemnidad. Francisco contó, una tras otra, esas implacables llamadas de metal. La percepción de la rapidez de

las horas acabó de impulsarle a un nuevo proyecto que se elaboraba en su mente a través de los conflictos entre su promesa y su resentimiento filial, entre su juramento y su moralidad. Hay siempre en esos combates interiores un momento en el que creemos entrever la solución conciliatoria, y nos refugiamos en ella con la misma sensación de salvamento con que el piloto de un buque batido por el temporal entra en el puerto.

— Sí, esto es — decía Francisco otra vez en voz baja—. ¿Cómo no pensé antes en ello?... No hay otro medio de armonizar el honor de la promesa y el otro, el verdadero. Si ella rechaza, no tendré nada que reprocharme... Si acepta, al menos ese atentado de Murren habrá sido su último crimen. Aceptará. No puede menos... Mas para caminar esta noche es preciso que coma. ¡Parecía tan extenuada!...

Comenzó a bajar, a tientas en la obscuridad, los peldaños de la escalera. Iba a coger en la biblioteca una pequeña lámpara eléctrica de que se servía para sus paseos nocturnos por el jardín. Entró en la despensa. Cogió pan, fiambres, vino, y un cuarto de hora después, saliendo de la casa por el mismo balcón que traspuso para ir al encuentro de la fugitiva, llegó al pabellón. Esperaba que al rechinar la llave de la cerradura la prisionera se moviese y preguntase: —¿Quién va?— Nada... ¿Se habría escapado quizá al ver que no volvía?... Los aparatos de pesca amontonados ante la puerta de la caseta denotaban que ninguna mano, después de la suya, los había tocado. Intentó abrir y encontró atrancado por dentro con un trozo de madera, que su esfuerzo hizo saltar. Tembló ante la idea de que la señora Noetsved estuviese muerta; muerta de terror, de fatiga, de exceso de emoción. ¿Quién podía saber?... Pero ella se había dormido tranquilamente sobre el mismo banco, como

un animal rendido de cansancio, después de la encarnizada persecución que acabara de burlar. La cabeza descansaba sobre el extremo de la blanca madera, y la laxitud del descanso le daba una expresión completamente juvenil, casi de niña. Sus veinticinco años apenas parecían diez y ocho. Por mucha prisa que tuviese Francisco De Bessay en llegar a una conclusión positiva que pusiese fin al malestar de sus inquietudes, no pudo menos de mirar con una curiosidad, en que la compasión y el horror se mezclaban, aquel rostro de serenas facciones, donde el atroz crimen del día antes parecía no haber dejado huella. La mano que había matado—¡matar! ¡qué cosa misteriosa y horrible!—pendía inerte, suave como la de una niña. La respiración alentaba tranquila, regular. El contraste entre la calma del sueño y lo que él sabía de aquella mujer, alteró tan vivamente sus sensibles nervios, que la despertó cogiéndola del brazo casi brutalmente. Ella se asustó. La tensión de un ser en guerra con la sociedad contrajo instantáneamente su fisonomía. Reconoció a Francisco, y, recordando su serenidad, dijo:

— ¡Ah! ¿Es usted? ¿Marcharon ya esos hombres?... Les oí hablar ante la puerta del pabellón. Dieron vuelta a la llave, pero no entraron. Después me dormí en seguida. ¡Estaba tan cansada! ¡Tenía tanta hambre!...

— Ya marcharon — respondió él —, y aquí traigo para que coma.

— Yo no bebo nunca vino — agregó ella, rechazando la botella y el vaso que el joven le ofrecía —. Deme sólo de ese agua.—Y señalaba al sitio donde las ondas del lago chapoteaban contra las barcas.

Cuando él le trajo el vaso lleno, que bebió de un trago, empezó a comer el pan y la carne con una voracidad animal que denunciaba el grado de su nece-

sidad. Acabada la comida, fué ella misma al embarcadero, bajo los bancos de madera tomó agua en las cuencas de las manos y se lavó la cara repetidas veces; se secó con un pañuelo y volvió al lado de Francisco. Sin detenerse en agradecimientos, con el tono de aquel para quien cada minuto perdido es una probabilidad de salvación escapada, dijo:

— Estoy dispuesta. Es preciso que me vaya. Tengo que ir a Straettligen, donde me esperan... Con la barca llegaremos en seguida si quiere usted ayudarme a remar hasta allá...

— ¿Y si no quiero ni ayudarla ni dejarla coger la barca?—respondió él.

Su voz era distinta ahora al pronunciar esas palabras tan diferentes de las que aguardaba la fugitiva que, subiendo la escalera del embarcadero con extraordinaria agilidad, yendo derecha hacia él, clavando sus ojos en los suyos a la claridad de la pequeña lámpara eléctrica que descansaba sobre una tabla, preguntó:

— ¿Si usted no quiere? ¿Qué significa eso?

— Eso significa que he reflexionado y que no ampararé su fuga más que con una condición. Tengo el derecho de imponerla. Júreme usted que desde hoy abandonará la execrable secta de revolucionarios a que está afiliada; que jamás, enténdalo bien, jamás tomará parte en ninguna confabulación; que ese crimen del inocente Steenackers será el último, y que si recibe usted la orden de matar al general Gorka, desobedecerá esa orden. Júreme, en fin, que cambiará su vida, o si no...

— Si no, faltará usted a su palabra—interrumpió ella. Por su voz pasó una amargura insultante—. Falte usted a ella desde ahora—continuó—. Me ha cogido usted mi arma y ni puedo defenderme ni tengo fuerzas para huír. Deténgame. Puesto que tiene

usted alma de policía, hágalo. Nunca juraré lo que usted pretende... Nunca... Yo no he cometido ningún crimen. He cumplido con mi deber... Es posible que me haya engañado y tomara a ese Steenackers por el general Gorka, pero he obrado de buena fe. Estamos en una batalla, y toda batalla causa víctimas. No. No juraré respetar a ese Gorka si lo encuentro. Yo no sé lo que es faltar a un juramento. Cuando le prometí no defenderme si era sorprendida, compadecida por sus lágrimas al implorarme en nombre de su madre, era sincera... y lo he demostrado. Usted, en cambio, desempeña un papel... y ahora arroja la máscara. Mejor... Falte a su palabra, vuelvo a decirle. Sí, prefiero que falte a ella. Eso me probará una vez más lo que valen esas clases altas a las que usted pertenece. He estado a punto de tener remordimiento de nuestra obra por lo que me dijo de su padre... y usted me lo quita. Se le mató. Usted me entrega... y en paz.

— Señora—exclamó el joven—, no me hable de mi padre. No me provoque.

— ¿Le doy motivos para cometer la infamia que usted piensa, y aún se queja?—respondió ella. Y continuó en un tono más acerbamente irónico, revelando con la siguiente alusión que había sido estudiante o que quizá lo era todavía—: No será usted un simple Judas. Usted puede llamarse Orestes o Cid.

— Luego ¿no acepta usted mis condiciones?—agregó él.

— No.

— ¿No quiere usted prometer que no cometerá nuevos crímenes?

— No.

— Entonces no saldrá usted de aquí más que para ir adonde usted merece—dijo él. De un salto, como si temiera que ella le siguiese y tratara de escapar

por el jardín, se abalanzó a la puerta del pabellón. La abrió y la cerró tras él con doble vuelta de llave como antes; pero no tan rápidamente que no oyese a su prisionera soltar una carcajada ultrajante diciendo:

— Le doy mi palabra de honor de que haré todo lo posible por salvarla. Créame... Le he dado mi palabra y la cumpliré. Haré todo lo que buenamente pueda.

Francisco oyó como si cayesen, una por una, esas palabras pronunciadas por él mismo tan pocas horas antes en aquella misma estancia del pabellón. La señora de Noetsved articulaba las sílabas con cruel lentitud. De cada una de sus inflexiones emanaba un menosprecio tan insultante, que el hijo del oficial sintió enrojecérsele el rostro de vergüenza. Aquello fué para él como una reacción instintiva y avasalladora, como si hubiese recibido una bofetada en la mejilla. Impulsivamente, arrebatado por un vértigo más poderoso que todas sus reflexiones, que todos sus principios, volvió a abrir la puerta cerrada, y sin una explicación, sin un reproche, sin una queja, se dirigió directamente a la barca diciendo:

— ¡Sea, pues!... Usted quiere ir a Straettligen. Vamos.

La señora de Noetsved no pareció asombrarse de un cambio que tampoco le agradeció. Mientras él buscaba los remos, ella le ayudó como si no acabase de mediar entre ambos una discusión de vida o muerte. Tampoco él manifestó ninguna sorpresa ante una actitud que aceptó como si su auxiliar en esta maniobra hubiese sido Hartmann el batelero. En cinco minutos la barca estaba provista de sus remos. La luna, rasgando las nubes que la habían velado toda la noche, alumbraba la partida. Aquel resplandor permitió a Francisco apagar la lámpara eléctri-

ca, una vez que encontró y descolgó la llave del candado del desembarcadero. Si la proscripta hubiese guardado algún recelo sobre la sinceridad de su compañero, aquel solo detalle lo hubiera disipado. El joven tomaba todas las precauciones que pudiesen asegurar su huida. Subieron a la barca, y cogiendo cada uno un par de remos comenzaron a avanzar bordeando la orilla, lo bastante cerca para que la sombra de las montañas les permitiese pasar inadvertidos. Los dos seguían callados, contentándose con seguir la dirección que él imprimía al barco. De cuando en cuando se paraba el joven, volvía la cabeza y trataba de hundir en la noche una mirada para percibir los jalones que le permitiesen gobernarle bien. En torno de ellos el lago extendía su sábana inmensa que una luz, como sobrenatural, teñía de matices plata y perla, nácar y ópalo. Las nevadas líneas del Blumlisalp, del Jungfrau, del Moensch, del Eiger, se perfilaban con fantásticas blancuras en el oscuro terciopelo celeste donde brillaban las estrellas, y las otras montañas, más cercanas, que bordean el lago, mostraban sus alternativas de sombra y claridad que revelaban las quiebras de sus pendientes abruptas. El golpear de los remos en el agua muerta era el único ruido que animaba aquel vasto paisaje, cuya serena belleza formaba tan extraña antítesis con los pensamientos de los remeros. De esta manera llegaron en tres cuartos de hora, próximamente, al punto en que el río Kander desemboca en el lago Thoune.

— Aquí debemos detenernos—dijo el joven—. Usted seguirá hasta el gran puente y reconocerá Straettligen en su antigua torre.

Esas fueron las primeras palabras pronunciadas en los cincuenta minutos que estuvieron sentados en el barco. La señora Noetsved no pareció oírlas. En el

modo de batir los remos podía adivinar su compañero cuánta era su fatiga. Sin embargo, cuando la quilla de la barca tocó fondo en una reducida enseada entre dos rocas, que permitía un descenso fácil, encontró ella energía para levantarse y saltar afuera sin aceptar la mano que Francisco le había tendido para ayudarla a salvar los bancos. El permaneció en la barca. Cuando ella estuvo en la orilla, no le dió las gracias y se dirigió a él bruscamente con la imperiosa sequedad que un acreedor pudiese tener para reclamar el pago de una deuda a una persona con quien estuviese enemistado.

— Usted tiene un arma que me pertenece. ¿Quiere usted devolvérmela?

— Aquí está—respondió él sacando del bolsillo el revólver que la anarquista le entregara en el pabellón. Ella extendió el brazo para cogerle, con una agitación que despertó repentinamente todos los remordimientos del joven.

— No—dijo retirando la mano y sin haber dejado el arma en aquellos dedos ávidos—. No le entregaré el revólver si no me jura lo que le exigí antes.

— Deme ese arma—repitió ella—. No tiene usted derecho para guardarla. Se la he confiado; no dado. Es mía. Devuélvámela.

— No la tendrá usted—dijo él, y como viese que ella se abalanzaba para arrancarle el revólver de las manos por sorpresa, le arrojó al lago. La audaz mujer no pudo reprimir un grito de cólera. Su puño se levantó como para golpearle. Luego, rompiendo en la misma carcajada estridente que ya soltara una vez, vociferó:

— Hay armeros y químicos por todas partes. Con eso no ha impedido usted nada, ¿lo oye bien?, nada. Únicamente habrá usted cometido una cobardía y una infamia, y todo porque tiene usted miedo. ¡Des-

graciadol. No es usted presa para nosotros. Usted no vale ni el proyectil que le matara.

Y agarrando con las dos manos el borde de la barca, la impelió hacia el lago, con tan sorprendente energía, que antes de que Francisco cogiese los remos y pudiese atracar de nuevo, ya ella había desaparecido corriendo. Este último insulto le había exasperado de tal modo, que no podía dominarse. Quería obligarla, cuando menos, a retractarse de lo dicho y a exigir que le pidiese perdón. Saltó a la orilla y se puso a buscarla entre los árboles y en el camino que bordea el lago, pero inútilmente. Por fin volvió a su bote y remó en dirección de Stockhorn. A medida que avanzaba por aquel agua palpitante de inmensas estrellas, la soberana majestad de la naturaleza, en la que no se había fijado, le rodeaba, le invadía. La furia que le produjera el insulto de aquella mujer se amortiguaba para dejar paso a una especie de piadosa rebelión. La ferocidad de la anarquista sublevaba en él al cristiano para quien el respeto de la vida humana es la primera de las virtudes, al mismo tiempo que no podía dominar un asombro, casi una admiración, ante el valor de que había visto animada a tal criatura. Esa sensación de monstruo moral le causaba un malestar inexplicable. El temía encontrarse de nuevo frente a ella y a la vez sentía el deseo de justificarse, de explicar las razones que le habían impedido devolverle el arma. Con todas estas impresiones se mezclaba cierto escrúpulo de conciencia. Aquel arma arrojada al lago no le producía ningún remordimiento, pero volvía a plantearse el problema de la promesa hecha, y cuando más tarde, al regresar la barca y borrarse todas las huellas de aquella expedición nocturna, se encontró en su habitación, acostado en el lecho a pocos

pasos de su madre dormida, era ése todavía el problema que le tenía desvelado, a pesar de la fatiga:

— Yo he mantenido mi palabra. ¿He hecho bien? ¿Cuál era mi deber?... Cuando se ha obrado bien, dicen todos mis libros, se siente paz en la conciencia. ¡La mía está tan turbada, por el contrario!... ¿Acaso debía obrar de otro modo?... Ahora siento que si hubiera obrado de otra manera estaría más tranquilo... ¡Dios mío! ¡Haz que no sepa nunca que esa mujer ha cometido otro asesinato!...

VI

.....

Estaba escrito que por lo menos ese terror de un nuevo crimen cometido por la falta de su caballerosa fidelidad a un compromiso insensato, había de ahorrársele a ese noble muchacho, y también que el epílogo de esa dramática aventura daría a aquella conciencia una satisfacción con que compensar el peligroso prestigio emanado de la fugitiva y de su atroz heroísmo. Al día siguiente de aquella terrible noche, era para Francisco De Bessay día de lección también. Aunque quebrantado por tantas y tan fuertes emociones, no quiso por nada del mundo faltar a ella por temor de inquietar a su madre: Había hecho, pues, el trayecto de Thoune a Berna y bajaba la gran escalera interior en la estación de esta última ciudad, cuando una oleada de gente llamó su atención. Tembló. Acababa de oír hablar de Murren y de una mujer detenida. ¿Sería posible que su compañera de la víspera estuviese ya apresada, a pesar de la ayuda de los cómplices que parecía esperar en Straettligen? Abriéndose paso con los codos, empu-

jando a unos y otros, a riesgo de oír palabras desagradables, llegó a meterse en la móvil muralla que formaban los curiosos agolpados en el andén de la estación. Llegado a la primera fila, Francisco pudo ver, saliendo de un vagón, entre cuatro policías vestidos de paisano, a la falsa señora Noetsved en persona, esposadas las manos, desgarrados los vestidos como si se hubiese defendido encarnizadamente. Su hermosa cabeza se mantenía altiva bajo sus cabellos enmarañados. Erguida, clavaba en la multitud los ojos arrogantes con un desafío que de repente se convirtió en un indecible menosprecio. Había reconocido a Francisco De Bessay. Pasó junto a él sin dejar de mirarle, y escupiéndole casi a sus pies dijo sencillamente esta palabra: «Judas», ininteligible para todos, pero muy clara para aquel a quien se dirigía. Y éste, en lugar de experimentar la furiosa cólera de la víspera bajo la afrenta de aquel insulto, sintió que su ser se aligeraba como en una liberación. Evidentemente, para que la anarquista le lanzase este último ultraje, era necesario que estuviese persuadida de que tan pronto como llegó a Thoune había corrido a denunciarla y a poner a la policía sobre su verdadera pista. Parecía que semejante error debiese despertar en quien era víctima de él ese deseo, esa necesidad de explicarse, de justificarse que había sentido tan imperiosamente al regresar solo en el bajel. ¡Pues no! Aquella falsa imagen de él en aquel pensamiento y en aquella sensibilidad de revolucionaria, era la ruptura para siempre de toda relación entre ellos, sucediera lo que sucediera, y no sólo de hecho, sino de idea, y tomando el camino que debía conducirle a la casa de su profesor, el hijo del comandante De Bessay, el descendiente de una larga estirpe de civilizados comprendió esta profunda verdad: la horrible crisis moral que había atravesado en

UNIVERSIDAD DE MEXICO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
1416
1925 MONTESPEL MEXICO

torno de la palabra empeñada, acababa de *aliarse* con una enemiga del orden social a la que él y los suyos odiaban ardientemente. Frente a frente a esos bárbaros, es deber absoluto considerarse como en estado de guerra. Francisco no era culpable de haber cumplido la palabra dada, sino de haberla dado, de haber pactado, aun cuando fuese por un minuto y por el motivo más tierno, el amor filial, con un soldado de la anarquía. El desconocimiento que la criminal hacía de su persona, en aquel momento, rompía para siempre el pacto; por ello sintió que le invadía la alegría al sentirse despreciado y odiado por ella.

1906

Í N D I C E